

# EL HOMBRE, LOS CICLOS Y LOS ALIMENTOS

Uniendo la eternidad con el mundo  
a través de rituales y alimentos

Por Alberto Peralta de Legarreta

El ser humano siempre ha sentido curiosidad por el momento primigenio en que las cosas y los seres comenzaron a existir, cuestionándose si todo permanecerá o deberá finalizar algún día. En su búsqueda de explicaciones, pronto descubrió el comportamiento cíclico del cosmos y el mundo que habitaba, desarrollando una compleja ritualidad que le permitía conmemorar y reproducir los momentos fundacionales del mundo o su sociedad. El festejo del inicio o el final de los ciclos —naturales o culturalmente construidos— le sirvieron para tener identidad y fundar maneras únicas de interpretar el mundo, en busca no solo del origen, sino de la permanencia.



**A** penas el ser humano adquirió conciencia de sí mismo y se sintió parte del mundo lleno de misterios que lo rodeaba, comenzó a percatarse de que todo en la naturaleza tenía un comienzo y un fin. Su propio cuerpo sufría profundos cambios con el transcurso de imparables y predecibles aunque quizás no eternos amaneceres y noches estrelladas. Los frutos y las plantas que lo alimentaban no siempre estaban disponibles y que los grupos de animales aparecían y desaparecían del territorio sin una explicación aparente. Las aves volaban un día y la luna se iba llenando poco a poco en el cielo, embarazándose más y más a lo largo de veintiocho puestas de sol, para finalmente parir una ausente luna nueva. A veces, el sol les permitía tener sombras largas y, en contadas ocasiones, se las robaba totalmente al pasar por la parte más alta del cielo.

Con el paso del tiempo, los seres humanos se dieron cuenta de que

este comportamiento cíclico de la naturaleza, de sus propios cuerpos, era predecible y calculable. Sin duda notaron que, como ellos mismos, los cereales debían envejecer, llenándose de la sabiduría que no tenían sus versiones tiernas y maduras, para poder transmitir su conocimiento a una nueva generación de plantas nutritivas.

Gracias a una constante observación e interacción con el mundo, el hombre comprendió también lo pasajero de su vida y se enfrentó —no sin inconformidad— a la certeza de la muerte. La percepción de un universo que se manifestaba en lapsos le permitió crear los primeros calendarios basándose en los trescientos sesenta y cinco días que el sol necesitaba para amanecer de nuevo en un mismo sitio después de haberse paseado con majestad por el horizonte montañoso. Este paseo lleno de misterio aumentaba y disminuía la duración de los días con tal exactitud que pronto fue posible establecer el orden de las estaciones y los cambios climáticos asociados a ellas.

Los ciclos se reflejan en el lenguaje; claro ejemplo es nuestra palabra *año*, que proviene del latín *anus* cuyo significado es "anillo".



■ El Calendario Azteca se encuentra en el Museo de Antropología e Historia. Plasma la observación cíclica del tiempo que tenían los mexicanos.

## Relación del ser humano con el tiempo

Con igual dinamismo que las estaciones, los alimentos también se modificaban y, con ello, el hombre estableció las temporadas, decidiendo culturalmente qué comida era apta para cada momento del año. La capacidad de predicción e interpretación de estos eventos desembocó en una arraigada ritualidad que luego habría de convertirse en religión. El hombre, conocedor de los fenómenos del mundo aunque incapaz de descifrarlos, intentó religarse con la divinidad, que seguramente poseía todas las respuestas y no hacía sino manifestarse en lo que había creado.

La circularidad del acontecer marcó la relación del hombre con la tierra. Mientras que los habitantes de Occidente asumieron que —por derecho— eran sus dueños, en sociedades como las mesoamericanas, se sentían inseparables de la tierra. En cualquier caso, los ciclos naturales o implementados (como la invención misma del tiempo) se convirtieron en una manera de simbolizar la armonía con la naturaleza, el ritmo de la vida con su nacimiento, formación, madurez y declive, aspectos que afectan al hombre y sus sociedades.

La celebración reiterada del inicio y fin de estos ciclos sirvió para honrar a lo desconocido o prolongar la existencia misma del mundo. La divinidad parecía hacerse presente en lo creado para marcar esos momentos. Era cuando los hombres debían propiciar las cosechas orando por la prosperidad de una estación, rogando por la llegada de las lluvias o trabajando en conjunto con la tierra en busca del reverdecimiento y fructificación de los campos.

## Periodos y comida

En muchos grupos humanos, el inicio de un ciclo anual requiere de una celebración comunitaria donde se hace visible el conocimiento inconscientemente compartido de que un año no es sino el reflejo de los ciclos del cosmos.

El año simboliza la muerte, la permanencia y la eternidad al mismo tiempo. Por tanto, la celebración es la manera en que el hombre reconoce que el hombre reconoce y vuelve cíclicamente a su origen, festejando el momento de su creación y expresando su deseo de vivir.

Para cada una de las festividades ligadas al inicio o final de un ciclo, el hombre desarrolló rituales en los que la convivencia alrededor de los alimentos, así como el acto de compartirlos en comunidad, fueron siempre un requerimiento básico. A continuación algunos ejemplos:

- En el año nuevo cristiano los comensales consumen cada uno doce uvas, símbolo de vida, sabiduría, abundancia y completitud.
- En un cumpleaños se suele partir y convidar un pastel cubierto de dulzura y coronado con fuego, elemento que tiene un papel purificador, de amor y de conocimiento inspirador.
- La fiesta de Rosh Hashaná (o año nuevo judío) celebra el momento en que fue creado el mundo; se trata de un acontecimiento colectivo de gran introspección en el que se valora lo que fue recibido y lo que se recibirá. Los alimentos consumidos simbolizan a la comunidad, el perdón, el recuerdo de la historia y agradecimiento por los frutos de la tierra.

## Celebración mexicana del Fuego Nuevo

Otros grupos humanos celebraron el inicio de sus ciclos anuales fortaleciendo a la tierra al ofrecerle trabajo y vida. Tal es el caso de la celebración mexicana del Fuego Nuevo.

Para conmemorar el Fuego Nuevo, todas las personas se recogían en sus casas, extinguiendo todos los fuegos y reuniéndose en la fría oscuridad de las noches de febrero. Los utensilios e imágenes de barro en cuya factura hubiera intervenido este elemento masculino ordenador del cosmos eran desechados, quebrados y hundidos en las aguas del lago, reintegrándose a la tierra femenina que les había dado materia. Los fogones dejaban de producir comida y se ayunaba para dignificar el cuerpo, dejándolo apto para la nueva aparición del sol, que iniciaba así una nueva atadura de años llamada *xiuhmolpilli*, un ciclo completo en cuyo inicio los calendarios solar y venusino coincidían como solo podía suceder cada cincuenta y dos años. Los sacerdotes encendían en una montaña cercana un fuego mediante el sacrificio de una persona. Las llamas de esta única hoguera eran llevadas con antorchas hasta los barrios de

la ciudad, donde llegaba a cada casa, para volver a dar calor, vida y alimento una vez garantizada la salida del sol que iniciaría un nuevo ciclo y seguiría dando vida al mundo.

Muchos otros rituales cíclicos alrededor del mundo tuvieron la función de propiciar la agricultura, la producción de alimentos y la comensalidad. Esta última de suma importancia, ya que es la manera en que cada grupo humano decide compartirlos. Como civilizador del mundo, el hombre es responsable de darle reconocimiento a lo desconocido y mediante la ritualidad fundar lazos emotivos y culturales entre los miembros a través de representaciones reiteradas de los mitos que les dieron rostro a sus sociedades.

Cada vez que se comparten alimentos en la Navidad o *Thanksgiving*, se conmemoran sus orígenes y honrar el momento, lejano en el tiempo, cuando su linaje o identidad nacieron de la tierra para, con suerte, no dejar de existir, de ser bendecidos por la continuidad. Y hay pocas cosas más humanas que el deseo de alcanzar lo eterno. ☺

■ Hoy en día, la celebración de fuego Nuevo permanece en algunas regiones, como Tula, Hidalgo.



Foto por: Casmalohitl Yaotonatlah